





Mesalina





Mesalina

Jean-Noël Castorio

Traducción de Alejandra Añón

A large, light gray circular logo containing a white, stylized serif letter 'A' is centered on the page. The logo is semi-transparent and overlaps the text below it.

Castorio, Jean-Noël

Mesalina / Jean-Noël Castorio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

416 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Alejandra Añón.

ISBN 978-950-02-9886-5

1. Biografías. I. Añón, Alejandra, trad. II. Título.

CDD 920

Mesalina

Título original: *MESSALINE, La putain impériale*

Autor: Jean-Noël Castorio

© Éditions Payot & Rivages, 2015

Traductora: Alejandra Añón

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2017

ISBN 978-950-02-9886-5

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Introducción	11
--------------------	----

PRIMERA PARTE

Una heroína de tragicomedia: la Mesalina de los antiguos

1. Sombras en el proscenio	17
2. De las sombras a la luz.	57
Intermedio. La mujer sin rostro	95
3. La puta criminal en el centro de la escena	111
4. Cae el telón: desgracia y muerte de Mesalina	141

SEGUNDA PARTE

La Mesalina de los modernos: de la historia al mito

5. Las diferentes vidas de Mesalina	179
6. <i>Duces feminae</i>	229
Intermedio. De Teodora a la “Mesalina francesa”: invectivas medievales y panfletos modernos	285
7. Entre el horror y el deseo: los modernos y la libido “mesalinesca”	303

8. De Suburra al Palatino: variaciones sobre
la Mesalina de Tácito 363

Conclusión..... 411

Árbol genealógico simplificado de Mesalina..... 414

Agradecimientos 415



A Claire-Lise





Introducción

El origen de este libro remite a la célebre sátira sexta del poeta latino Juvenal. La obra, escrita en torno al año 115 d. C., es sin lugar a dudas uno de los textos más misóginos de la literatura occidental. En ella, para disuadir a su amigo Póstumo de casarse, Juvenal traza un funesto retrato de la mujer romana que, según decía, llevaba el vicio en el cuerpo, *a fortiori* si pertenecía a las clases más altas de la sociedad. Para refrendar sus palabras, describe brevemente la conducta licenciosa de algunas matronas depravadas, como Epia, la esposa de un senador, que renunció a su rango y abandonó a su esposo y a sus hijos, para marcharse tras el “pequeño Sergio”, un vulgar gladiador. En los versos siguientes, evoca otro caso famoso, el de la esposa del emperador Claudio (41-54 d. C.), la escandalosa Mesalina:

Mira lo que fue capaz de hacer una mujer cualquiera, como Epia. ¿Te repugna? Imagina lo que sucede entre los rivales de los dioses, lo que sufrió Claudio. Una vez segura de que su marido dormía, la Puta Imperial [*meretrix Augusta*] abandonaba sin el menor reparo su lujoso lecho y, oculta bajo una capa, se perdía en la noche en pos de un camastro, sola, sin más compañía que una criada. Escondía sus negros cabellos bajo una peluca rubia y entraba a

un húmedo burdel de raídas cortinas, donde un cuarto le estaba reservado. Allí se mostraba desnuda, con los pechos sujetos por una redecilla de oro, bajo el nombre de Licisca, y ofrecía el vientre que te llevó, noble Británico. Derrochaba caricias, pedía dinero a cambio, echada hacia atrás, abierta, una horda de hombres la poseían y se descargaban en ella. Y cuando, por fin, el lenón liberaba a sus muchachas, ella era la última en cerrar la puerta. Se marchaba de mala gana, con su sexo ardiendo aún, y regresaba cansada de tanto hombre pero nunca del todo satisfecha, con la mirada baja, sucia de hollín, arrastrando el olor del burdel hasta su augusta alcoba.

Pocas veces una diatriba contra una mujer ha sido tan despiadada. Sean verdades o calumnias, los dichos del satírico no caerán en el olvido: desde entonces y para siempre, Mesalina encarnará la imagen por excelencia de la lujuria sin límites, del deseo sexual femenino desenfrenado e irrefrenable. La pregunta que da origen a esta obra es sencilla: ¿quién es la mujer que se oculta tras esas palabras? También es producto de una frustración, porque aunque la vida de la emperatriz ha inspirado a novelistas, dramaturgos, cineastas y psiquiatras, ningún historiador de la Antigüedad ha escrito una biografía de ella utilizando los métodos y los instrumentos propios de su disciplina.

En la primera parte de este libro, se exploran básicamente los textos antiguos. Si, como indican los títulos de la parte y de sus capítulos, hemos decidido recurrir al lenguaje del teatro, es porque los personajes principales que ponen en escena los antiguos cuando evocan los ardidés de Mesalina recuerdan algunos de los estereotipos propios de la comedia antigua, como el anciano a quien su joven esposa engaña o el pérfido criado que le abrirá

los ojos. Los dos primeros capítulos de esta parte nos permitirán emplazar el decorado en el que se desarrollará la “leyenda negra” de la soberana, que será, a su vez, analizada en los dos siguientes. Sin embargo, una investigación de esta envergadura no puede circunscribirse a la época romana. Mesalina sobrevuela el imaginario occidental desde hace más de cinco siglos, y debemos la idea que hoy tenemos de ella tanto a Tácito, a Suetonio o a Juvenal, como a los escritos que le dedicaron las generaciones posteriores. Por ello, la segunda parte de esta obra tratará sobre la “Mesalina de los modernos”. En el primer capítulo, adoptaremos una perspectiva historiográfica, para luego regresar por un tiempo a la Antigüedad y estudiar otros ejemplos de mujeres que pueden compararse, pues consideramos que solo incluyendo a la *meretrix Augusta* en una galería de retratos podremos dar respuesta a las preguntas que los historiadores se plantean sobre ella. Para concluir, en los últimos dos capítulos examinaremos la posteridad literaria y artística de esta mujer, y así, desde el final de la Edad Media, llegaremos hasta nuestros días.



PRIMERA PARTE

*Una heroína de tragicomedia:
la Mesalina de los antiguos*





Sombras en el proscenio

El lector habituado a consultar las fuentes literarias grecolatinas sabe perfectamente que, a veces, existe un gran desfase entre la escasa información que nos brindan los antiguos sobre algunas figuras de su época y su extraordinaria fama. Poco se conoce sobre la personalidad de Espartaco, ese esclavo rebelde que suele presentarse como modelo ante los oprimidos de este mundo. Lo mismo sucede con Vercingétorix, héroe nacional francés que ha sido materia de tantas obras. La lista de ejemplos continúa: la historia de la Roma antigua está plagada de ilustres desconocidos. Entre ellos, Mesalina. Para trazar el destino de esta mujer, solo disponemos de unas pocas páginas que exigen una cautelosa interpretación, en las que se repiten una y otra vez las mismas anécdotas.

Lo que se ignora sobre su vida y su personalidad es mucho y sustancial. Se desconocen datos fundamentales sobre su vida y su personalidad. Así pues, nada se sabe sobre lo esencial de su existencia, porque solo se han documentado –y con poco rigor– los siete años durante los cuales fue emperatriz. En el próximo capítulo ya veremos que ignoramos aspectos tan básicos como su fecha de nacimiento o la edad que tenía cuando se casó con el futuro emperador Claudio. Además, los especialistas en arte romano no consiguen llegar a un acuerdo en cuanto al retrato que

le es más fiel. Es difícil atribuirle un rostro a la mujer que los antiguos describen con tan tremendas palabras. Todo está dado para desalentar las ambiciones del historiador que pretenda erigirse en su biógrafo. Pero, si a pesar de ello decide escribir la historia de su vida, deberá evitar caer en la omnipresente tentación de hacerlo trocando el mutismo de las fuentes por un parloteo sembrado de “posibles” y de “probables”. De más está decir que no es tarea fácil, *a fortiori* en este capítulo con que se inicia la obra y en el que es usual evocar la juventud del personaje.

Aunque nos falta información, podemos reconstruir los primeros años de la emperatriz con ciertos visos de verdad. Después de todo, otros historiadores –y de los mejores– ya lo han hecho con algunas célebres personalidades de la Antigüedad. Desde luego, no es difícil imaginar, basándonos en diversas fuentes, el modo en que fue educada una joven aristócrata romana de clase alta como Mesalina. Tampoco es complicado hacerse una idea del lugar que pudo ocupar esta sobrina bisnieta de Augusto en la corte imperial. Sin embargo, consideramos que sería inútil y poco serio, por la sencilla razón de que nunca sabremos a ciencia cierta si, en su juventud, esta mujer hizo el recorrido clásico que intentamos recrear. Por otra parte, ceder a ese impulso podría llevar al lector a perseguir pistas falsas. ¡Cuánto se ha escrito sobre la relación que Mesalina habría mantenido con otro notable depravado, Calígula! Para lo cual es posible, e incluso probable, que haya visitado con frecuencia su palacio durante su reinado. Y no solo los novelistas se regodearon inventando una analogía entre esos dos monstruos de la perversión. A decir verdad, no hay modo de saber si ha existido un vínculo entre ellos. Decir otra cosa es echar a volar la imaginación y no escribir la historia.

Aunque hay largos tramos en la vida de Mesalina sobre los cuales las fuentes literarias no arrojan luz, nuestra intención siempre ha sido apegarnos a ellas, porque son las únicas que pueden conservar un resto de verdad. Lo evaluaremos más tarde, en la segunda parte de esta obra. Así, se advierte al lector que, a medida que avancen las páginas, muchas veces deberá asumir que no sabe y a veces, incluso, que no desea saber. Como los textos nada dicen sobre la juventud de esta mujer, nada hay para decir al respecto. Este es nuestro postulado. Así pues, la paradoja es que Mesalina será la gran ausente en este capítulo, en el que solo abordaremos su linaje y su entorno. Sin embargo, antes, será necesario centrarse en las fuentes con las que contamos, jalonadas de hondos y frustrantes silencios.

DEL MUTISMO AL EXCESO: UN BREVE PANORAMA DE LAS FUENTES

No es sencillo interpretar los textos antiguos: son pequeños fragmentos de una vasta producción literaria que aún sigue viva, en donde se mezclan con enorme maestría la hipérbole y el mutismo. Es interminable la lista de obras perdidas cuyos autores y títulos conocemos, aunque no siempre ambos. Sin lugar a dudas, aquellas en las que se menciona a Mesalina contienen evidencia suficiente como para derrumbar de un plumazo unos cuantos castillos de naipes que los historiadores construyeron a partir de los retazos que habían llegado a sus manos.

Así, al menos dos protagonistas de los hechos que aquí relatamos escribieron memorias en las que podrían haber evocado su relación con Mesalina. Y no dos cualesquiera. El primero no es otro que su esposo, el emperador Claudio. El segundo, la mujer

que la sucedió en el trono, Agripina la Menor. Suetonio cuenta que Claudio fue un prolífico escritor, con una fuerte inclinación hacia el género histórico: tanto es así que redactó al menos dos *Historias* de Roma, una de las cuales, compuesta de cuarenta y un libros, constituía la crónica de los primeros tiempos del Imperio, desde la llegada de Octavio al poder. Por otra parte, también se dedicó a narrar la historia de pueblos antes enemigos de los romanos y después sometidos por ellos: los etruscos y los cartagineses. Claudio era polígrafo, por lo que no se limitó a relatar acontecimientos pasados: además de una *Apología de Cicerón contra los libros de Asinio Galo*, testimonio del paradójico gusto que ese tartamudo experimentaba por el arte de la oratoria, escribió tratados sobre temas tan diversos como el juego de dados o el alfabeto. Sin embargo, de todas sus obras, las que nos serán de mayor utilidad en este caso son los ocho volúmenes de sus memorias autobiográficas (*De vita sua octo volumina*), a pesar de que nada conocemos de su contenido y es en vano intentar recabar información al respecto en las obras históricas que han llegado hasta nuestros días, como a veces se ha hecho en el pasado.

Lo mismo sucede con las memorias (*commentarii*) de Agripina la Menor, que se han perdido. Sabemos que existieron, fundamentalmente, gracias a Tácito. En efecto, en el libro IV de los *Anales*, donde describe cómo Tiberio hizo oídos sordos a las súplicas de la madre de Agripina, Agripina la Mayor, quien deseaba volver a casarse después de la muerte de su marido Germánico, el historiador romano brinda la fuente de la que ha extraído información sobre el episodio:

Yo he hallado esa particularidad, que no especificaron los demás escritores en sus anales, en los comentarios que su hija Agripina,

madre de Nerón, emperador, dejó a sus descendientes de los sucesos suyos y de su casa. (Tácito, *Anales*, IV, 53, trad. de Carlos Coloma).

Sabemos por Plinio el Viejo que esas memorias podían contener detalles íntimos, dado que de ellos surge que Nerón, ese “enemigo del género humano”, tal como lo define, había salido del vientre de su madre con los pies hacia adelante, lo que representaba, según él, un funesto presagio. También es verdad que mucho se ha discutido sobre cuánto es posible que hayan tomado de esos *commentarii* los autores posteriores, sobre todo Tácito, pero sin llegar a ninguna prueba concluyente al respecto. En todo caso, es menester confesar que daríamos cualquier cosa por saber lo que escribía sobre Mesalina esa mujer a quien los modernos se complacían en presentar como su peor enemiga y una de las grandes responsables de su perdición. Pero aun así sería necesario tener la certeza de que Agripina evocaba claramente a su rival. Los especialistas no han llegado a un consenso respecto al momento en que se redactaron esas memorias y al período cronológico que abarcaban.

Como veremos más adelante, los relatos más antiguos en los cuales podemos basarnos para escribir la biografía de Mesalina fueron escritos a comienzos del siglo II, es decir, no menos de tres generaciones después de la muerte de nuestra heroína. Sus autores –Tácito, Suetonio y, más tarde, Dion Casio– extrajeron gran parte de sus informaciones de las obras históricas que los precedieron, hoy ya desaparecidas. Es difícil saber cuáles, porque ninguno de ellos toma el recaudo de citar con precisión sus fuentes cuando aborda los primeros años del reinado de Claudio, durante los que estuvo casado con Mesalina. A lo

sumo, cuando Tácito relata el segundo matrimonio de la emperatriz con Cayo Silio, consciente de que el lector podía dudar de un hecho tan inusitado, invoca, en una fórmula sibilina, la autoridad de quienes lo precedieron. Aunque no se sabe a ciencia cierta quiénes pudieron haber sido, los modernos sugirieron algunos nombres.

El que suelen mencionar con más frecuencia es Marco Cluvio Rufo, quien no solo fue historiador, sino también protagonista y destacado observador de los acontecimientos políticos de su tiempo. Así, Flavio Josefo insinúa que participó en el complot que acabó con la vida de Calígula; durante el mandato de Claudio, ejerció el consulado; por último, como miembro de la corte durante el reinado de Nerón, le tocó en suerte el insigne honor de ser el heraldo encargado de anunciar las célebres dotes artísticas del soberano. En tiempos de Vespasiano (69-79) Marco Cluvio Rufo redactó sus *Historiae*, que Tácito citó dos veces como fuente en sus *Anales* y, además, en sus propias *Historias*, ponderó la elocuencia de su autor.

No obstante, si bien es cierto que algunos modernos entendían que su obra comprendía los reinados de Claudio y de Nerón, y tal vez también el de Calígula, otros formularon la hipótesis de que solo abordaba el gobierno de Nerón, quizá porque lo único que deseaba era justificar *a posteriori* la actuación de Cluvio al servicio del tirano. A decir verdad, es difícil tomar partido entre estas dos posturas, a pesar de que el historiador británico Ronald Syme esgrimió unos cuantos buenos argumentos a favor de la primera de ellas.

Cabe citar también a Aufidio Baso, considerado, junto con Tito Livio y Salustio por sobre todos los demás, uno de los cinco historiadores romanos de mayor prestigio. En su *Institución oratoria*,

compuesta a fines del siglo I, Quintiliano no duda en compararlo con Heródoto y Tucídides, y recomienda su lectura a quienes estudien retórica. Es sabido que Aufidio redactó, en tiempos de Nerón, una *Historia romana* que, en un principio, se creyó que incluía el reinado de Claudio. Sin embargo, no hay prueba alguna de que su relato se haya extendido más allá del fin del mandato de Tiberio y, más precisamente, de la muerte de Sejano.

En todo caso, fue Plinio el Viejo quien continuó la obra de Aufidio Baso, que pretendía ser una prolongación de la *Historia romana* de Tito Livio. Eran muchos y variados los intereses que manifestaba ese espíritu inquieto: escribió, además de una monumental *Historia natural*, numerosos tratados sobre diversos temas. Plinio el Joven, su hijo adoptivo, reunió sus títulos en una lista, en la que figuran dos obras históricas: el *Bella Germaniae*, donde describe los enfrentamientos entre romanos y germánicos y, sobre todo, una obra de índole analística llamada *A fine Aufidii Bassi* (*Continuación de la historia de Aufidio Baso*), compuesta por treinta y un libros, y redactada durante el imperio de Vespasiano. En este caso puntual, es muy probable que el historiador haya mencionado a Mesalina y estaríamos en lo cierto al suponer que ha trazado un retrato similar al que de ella efectuaron sus sucesores, al menos en lo que respecta a sus costumbres sexuales. Cuando menciona a la emperatriz, en el décimo libro de la *Naturalis Historia*, es al solo efecto de destacar su excepcional rendimiento en la materia. En el tercer capítulo nos abocaremos en detalle a ese pasaje, que ya transmite la leyenda de una Mesalina emperatriz y prostituta. Por el momento, nos conformaremos con decir que fue el primero en dar fe de la existencia de ese mito. Así, queda demostrado que surge muy temprano, tan solo una generación después de la muerte de la soberana, puesto que le dedica la *Historia natural* a Tito en el año 77 o 78.

Llegado este punto, habría que preguntarse en qué medida la obra perdida de Plinio el Viejo pudo haber inspirado a sus sucesores y sobre todo a Tácito, el mejor informado de todos ellos, que nombra a su autor en los *Anales* varias veces. Los modernos no logran ponerse de acuerdo sobre esta cuestión y, como en los casos anteriores, es imposible confirmar los dichos de unos y de otros. Algunos entienden que *A fine Aufidii Bassi* es la fuente principal de los libros de los *Anales* dedicados a Claudio, mientras que otros, como Olivier Devillers recientemente, tienden a suponer que es poco lo que se ha extraído de esa obra. Sin lugar a dudas, la sorprendente ingenuidad que demuestra Plinio en la *Historia natural* y su excesivo gusto por los detalles contrastan con el aparente rigor del relato de Tácito. Por otra parte, este último parece mostrar cierta hostilidad hacia su predecesor cuando señala, aunque sin nombrarlos, a esos analistas que colman sus relatos de pormenores superfluos y no saben distinguir la historia de la anécdota. Sin embargo, el hecho de que Tácito diga desconfiar de Plinio no significa en modo alguno que no haya usado sus escritos.

Para brindar un panorama completo, nos falta citar a algunos analistas contemporáneos de Claudio y de Mesalina. Uno de ellos es Marco Servilio Noniano, cónsul en tiempos de Tiberio, quien, como historiador, goza del privilegio de figurar entre aquellos cuyo estilo elogia Quintiliano. Además, Tácito le dedica un bello panegírico fúnebre en los *Anales*. El otro, Fabio Rústico, autor de un relato histórico escrito bajo el mandato de los emperadores Flavios (69-96), a quien Tácito muchas veces ha mencionado. En efecto, algunos modernos sostenían la hipótesis de que las obras de ambos conformaban una crónica del reinado de Claudio. Sin embargo, esta opinión no obtuvo un consenso unánime. En líneas generales, se supone que Noniano es la fuente

de los seis primeros libros de los *Anales* –Mesalina aparece recién en el undécimo–, mientras que el relato de Rústico se limitaba al reinado de Nerón.

Pero concentrémonos, ahora, en los textos que han sido conservados. En primer lugar, en los que han escrito los historiadores antiguos sobre Mesalina. Ante todo Tácito, “ese Homero de la prosa antigua”, como lo llama Eugen Cizek. En su origen, la obra que conocemos como los *Anales* se llamaba *Ab excessu divi Augusti, Desde la muerte del divino Augusto*, y fue sin lugar a dudas redactada en los últimos tiempos del mandato de Trajano o a comienzos del de Adriano, es decir, a fines del año 110 o a comienzos del año 120. Es la fuente principal de los historiadores interesados en el medio siglo que separa la muerte del fundador del régimen imperial, Octavio Augusto, en 14 d. C., del fin del reinado del último de los Julio Claudios, Nerón; el relato, tal vez inconcluso, se interrumpe en 66, dos años antes de la muerte de este último. Los *Anales*, que, como su nombre indica, constituyen una crónica detallada de los hechos, año por año, conjugan una prosa densa con un estilo claro y elevado. Por otra parte, su contenido es sólido y variado, porque así como Tácito cita información de historiadores que lo precedieron, como acabamos de ver, también indaga en archivos inéditos. No cabe la menor duda de que ha utilizado ampliamente las *acta Senatus*, las minutas de los debates del Senado. Además, es seguro que recurrió a ellas para narrar los hechos que conciernen a Mesalina. Por otra parte, el historiador basa su relato en la correspondencia y los discursos imperiales, así como en las *acta diurna populi Romani*, extractos oficiales que contenían información variada, como los textos de los senadoconsultos, las actas de juicio e incluso la mención de prodigios.

Así pues, no cabe la menor duda de que los *Anales* son nuestra fuente más precisa, aunque estén incompletos. Ha desaparecido toda la crónica del reino de Calígula, y lo mismo ha sucedido con la de los seis primeros años del principado de Claudio. Por lo tanto, lo sustancial de lo que ese gran historiador romano escribió sobre Mesalina se ha perdido. Solo subsiste el relato del último año de su vida, en el que mayormente se cuenta su desgracia, un episodio bien documentado, por cierto, pero no por ello menos problemático, tal como veremos.

A lo ya dicho conviene agregar que los *Anales* poseen un gran valor histórico, pero también persiguen fines políticos y morales. El propio Tácito lo expresa sin tapujos en un célebre pasaje del libro III:

No he tomado por asunto el referir aquí los pareceres de todos, sino los más excelentes por su honestidad, o los más notables por su infamia: cuidado y ocupación precisa de quien se encarga de escribir anales, para que no se pasen en silencio los actos virtuosos, y sea temida por los venideros la deshonra de los hechos y dichos infames. (Tácito, *Anales*, III, 65, trad. de Carlos Coloma).

Para comprender la moral política que transmite la obra, es necesario tener en cuenta que el camino que recorre su autor es el de un *homo novus*, que logró con gran habilidad sustraerse de sus condiciones de origen para alcanzar la cumbre de la carrera de las dignidades. Tácito nació al comienzo del reinado de Nerón, entre los años 55 y 57, y pertenecía a una familia de rango ecuestre, que al parecer provenía de la Galia Narbonense, tal vez del antiguo Vasio (Vaison-la-Romaine), no del centro del Imperio. Aunque poco se sabe sobre su formación, se supone que en parte

fue educado en Roma y que, entre sus maestros, todos célebres retóricos, probablemente figurara Quintiliano. Con ellos perfeccionó su oratoria, que más tarde le resultó imprescindible para acceder al cargo de senador incluso antes de haber cumplido veinticinco años. No hay dudas de que también sacó rédito de su matrimonio, porque se casó con la hija de Agrícola, un general que se cubrió de gloria años después gracias a sus campañas militares en Britania y cuyo yerno, más tarde, se convirtió en su biógrafo. En todo caso, Tácito ascendió los peldaños de la escala senatorial hasta alcanzar su cima, el consulado, en el año 97, un cargo que le permitió ejercer prestigiosas funciones proconsulares. Sin embargo, por razones no esclarecidas, recién pudo desempeñarlas quince años después, entre 112 y 113, cuando Trajano lo nombró procónsul de la provincia de Asia.

Tal como señalaba Ronald Syme en su *Tacitus*, no era fácil para un “hombre nuevo” desarrollar una visión liberal de la sociedad. Tácito, cuyo ascenso social tuvo lugar en el marco de la más venerable de las instituciones romanas, el Senado, era un conservador. Era un conservador pues estaba profundamente consustanciado con el *mos maiorum*, “la costumbre de los antepasados”, ese código no escrito con un valor tanto moral como político, que constituía el núcleo del tradicionalismo romano. Era un conservador porque situaba por encima de todo el servicio en el Estado y los grandes principios que antaño habían consolidado la supremacía de la asamblea de los padres concriptos, como la *dignitas* y la *libertas*. Era un conservador porque, aunque sabía que ya no era posible restaurar la República, seguía sintiendo nostalgia de ese régimen que aseguraba la dominación de los miembros de su clase. Entonces no puede sorprendernos la opinión negativa que este hombre puede abrigar sobre quienes abolieron “la antigua

libertad". Para él, ninguno de los emperadores cuyos reinados analiza está a la altura, tampoco Claudio, el esposo de Mesalina. Llegó incluso a trazar un retrato gris de Augusto, a quien adoraban en todo el reino. En realidad, tras la forma netamente neutra de los *Anales*, Tácito oculta una visión del mundo reaccionaria y singular, que tiñe en profundidad su relato de los hechos.

Además, como todos los historiadores latinos, Tácito es ante todo un poeta. De hecho, en la Antigüedad, la historia era considerada un simple género literario. Se esperaba que quienes se dedicaran a escribir sobre ella compusieran un relato vivo, capaz de despertar en el oyente/lector una gama de emociones variadas. De acuerdo con esta perspectiva, lo que hoy llamamos "realidad histórica" tiende a ceder paso a una dramaturgia en la que el *pathos* y la exageración desempeñan un papel principal: lo veremos en la narración de la desgracia y la muerte de Mesalina, que representa uno de los picos dramáticos de los *Anales*.

Nuestra segunda fuente principal es más tardía: se trata de la *Historia romana* de Dion Casio. Hay algunas semejanzas entre la trayectoria de Tácito y la de Dion Casio: ambos eran provincianos, entregaron su vida al servicio del Estado y alcanzaron la máxima dignidad. Dion Casio nació en Bitinia, en el seno de una poderosa familia de la aristocracia y fue cónsul hacia el año 205, cargo que volvió a ejercer en 229. Entre esos años suele situarse la redacción de su *Historia romana*, aunque no hay acuerdo en cuanto a su fecha exacta. La obra está escrita en griego y consta, en un principio, de ochenta libros. Cuenta la historia de Roma desde su fundación hasta el reinado de Alejandro Severo. Aunque el destino de estos dos hombres presenta ciertas analogías, su concepción de la escritura y de la historia es, en cambio, muy distinta. Mientras que Tácito sabe

valerse con espíritu crítico de una gran variedad de documentación, Dion Casio emplea pocas fuentes, sin tomar la mínima distancia de ellas. Su credulidad no tiene límites y nunca analiza los hechos que expone.

Por lo demás, aunque, en teoría, estos se organizan de acuerdo con un criterio cronológico, suele presentarlos siguiendo alguna otra lógica. Por lo tanto, debemos hacer un uso prudente de la obra del historiador griego. Con todo, sigue siendo, para nosotros, una fuente imprescindible porque los libros LIX y LX, que narran los reinados de Calígula y de Claudio, respectivamente, subsanan en forma parcial la laguna de los *Anales*. No obstante, cabe mencionar que una parte importante del libro LX, la que describe lo sucedido después del año 46, se ha perdido. O, para ser más precisos, solo se conoce gracias a los epítomes que de ella han realizado los abreviadores bizantinos en la Edad Media. Ahora bien, estos últimos tienden a extraer citas del texto original, más que a resumirlo. Así pues, es posible que ciertos acontecimientos importantes que narró Dion Casio hayan pura y simplemente desaparecido.

La tercera y última de nuestras fuentes es la *Vita divi Claudii* (*Vida de Claudio*) de Suetonio, incluida en las *Vidas de los doce césares*, una recopilación de biografías imperiales probablemente redactada en 121-122, es decir, en la misma época que los *Anales* de Tácito. Todos conocemos los principales defectos de la única obra que se ha conservado de este polígrafo, quien también hizo una carrera en el Estado, pero como miembro de la orden ecuestre, que lo condujo al corazón del poder con Adriano (117-138) antes de caer en desgracia: el más famoso de ellos es, claro está, su excesivo gusto –al menos según nuestro punto de vista, como contemporáneos que somos– por la habladuría y la anécdota. Aunque nunca hay que olvidar que justamente esa dilección por el chisme explica

la extraordinaria fama póstuma de las *Vitae duodecim Caesarum*. Esto se comprende perfectamente en una sociedad para la cual, como lo ha demostrado Paul Veyne, la vida pública y la privada no eran ámbitos separados, ni siquiera en el caso de una personalidad tan importante como el emperador. Más adelante veremos que Claudio debió rendir cuentas de los excesos de su esposa en público, así como Augusto tuvo que hacerlo antes que él respecto de su propia hija, Julia.

En todo caso, aunque la *Vida de Claudio* es la única de nuestras tres fuentes principales que está completa, también es en la que menos aparece el personaje de Mesalina: solo diez veces, mientras que figura tres veces más en la *Historia romana* de Dion Casio y cuatro veces más en la parte de los *Anales* que aún se conserva. Por otra parte, como señala Jacques Gascou, la información que Suetonio brinda sobre la *meretrix Augusta* no siempre es clara, tal como se observa al comparar las diferentes versiones que brinda del ocaso de la emperatriz. El episodio se repite tres veces en la *Vita*, a raíz de la pobre estructura que presenta el relato desde el punto de vista cronológico. A diferencia de las precedentes, dicha narración no pertenece al género analítico. Por lo tanto, aunque se refieren al mismo tema, las informaciones que aporta revelan ciertas contradicciones, que a veces son difíciles de superar. Suetonio explica que Mesalina cae en desgracia por los celos de Claudio, y luego deja entrever que el temor a una conspiración política habría suscitado la reacción del emperador. Además, después de haber puesto énfasis en la sorpresa del soberano al enterarse de que su esposa había vuelto a contraer matrimonio, escribe más adelante que, en realidad, Claudio habría estado al tanto de la unión antes de que se hubiera consumado. Jacques Gascou atribuye estas incoherencias, que son poco frecuentes en las otras *Vitae*,

al hecho de haber utilizado diversas fuentes. Es cierto que una de las características de Suetonio es el haber empleado material muy variado en la redacción de sus biografías. Cabe destacar que, como secretario de Adriano, conocía a la perfección el valor de los archivos. No obstante, estas contradicciones también prueban que el historiador no siempre era capaz de confrontar la información con la que contaba para llegar a una versión única y racional de lo sucedido. Sin lugar a dudas, también demuestran que su gusto por la anécdota a veces le hacía perder su sentido crítico. Tácito no menciona que Claudio conocía los planes de su propia esposa porque consideraba poco creíble el rumor, no porque lo ignorara.

Ahora, solo resta examinar las fuentes que pueden considerarse menores, al menos en el marco de este estudio, porque evocan a Mesalina muy sucintamente. Dos de ellas son obras históricas, una es la más antigua y la otra, la más tardía de nuestro corpus. La primera, *Antigüedades judías* de Flavio Josefo, ha sido redactada hacia el final del reinado de Domiciano, en los años 93-94. En esta crónica de la historia del pueblo judío se menciona a Mesalina una sola vez, pero en ese breve párrafo nada se dice sobre ella. Con todo, el relato de Flavio Josefo es útil para quien esté interesado en la emperatriz, porque ofrece cierta información sobre personajes que están íntimamente ligados a ella, sobre todo, algunas de sus presuntas víctimas. La segunda obra, el *Libro de los césares*, de Aurelio Víctor, fue escrita durante los últimos años del reinado de Constancio II, entre 358 y 360. Se trata de un compendio de historia romana, compuesto por biografías cortas. Aunque “Aurelio Víctor es, sin lugar a dudas, el más inteligente de los abreviadores”, tal como sostiene Eugen Cizek, también es cierto que, de sus fuentes sobre Mesalina, solo rescata la “execrable lascivia” de la soberana y sus escandalosas

manifestaciones. Al final de la Antigüedad y comienzos de la Edad Media, la “leyenda de Mesalina” ya estaba en marcha desde hacía un buen tiempo: la mujer de Claudio solo era recordada por su mítica voracidad sexual. Así, no resulta sorprendente que, después de la muerte de Teodosio, en el año 395, el pseudo-Aurelio Víctor, autor anónimo de un epítome del *Libro de los césares*, utilice exactamente la misma información que su predecesor.

En la Antigüedad, los historiadores no son los únicos que mencionan a Mesalina: la soberana aparece en varias obras latinas que no pertenecen al género histórico. No obstante, hay dos de ellas cuyo uso puede resultar problemático, como veremos más adelante. La primera es una sátira que alterna la prosa y el verso, a la manera de las sátiras menipeas, que lleva el nombre de *Ludus de morte Claudii*. Así, tal como lo indica su título, el blanco de esa *Fantasia sobre la muerte de Claudio* no es otro que el difunto esposo de Mesalina. El satírico nos lo describe tristemente expulsado del Olimpo, donde pretendía alcanzar el rango de dios, el día posterior a su muerte. Después de pasar por Roma, lo que le permite asistir a sus propias exequias, inicia su catábasis, su descenso a los infiernos. Allí lo aguardan las múltiples víctimas de sus innumerables injusticias. Aunque no hay consenso sobre la identidad del autor de ese texto cáustico, la opinión mayoritaria –y, en el estado actual de la documentación, es a las claras la mejor fundamentada– es que se trata de Séneca. Esta hipótesis se basa en un pasaje de la *Historia romana* de Dion Casio, en el cual el historiador griego cuenta que el filósofo compuso, poco después de la muerte del soberano, una obra satírica intitulada la *Apocoloquintosis*, un monstruo verbal en el que se amalgaman la apoteosis, es decir, la deificación *post mortem* del emperador, y la coloquintida. Vale decir

que la pluma de Séneca no se proponía transformar a Claudio en un dios, sino en una cucurbitácea –una *colocynthis*, tal vez un símbolo genérico de la estupidez–, lo que a fin de cuentas se corresponde con el espíritu del texto.

El inconveniente que plantea el *Ludus de morte Claudii* es que contradice los relatos históricos que examinamos antes, no en cuanto a la sexualidad de la emperatriz, que ni siquiera se nombra, sino en lo que respecta a los muchos crímenes y fechorías de los que se la acusa. En efecto, en los casos en que Tácito, Suetonio y Dion Casio la señalan como culpable, Séneca parece insinuar que hay un único responsable de los hechos y ese es Claudio. Más aún: en la *Apocoloquintosis*, Mesalina nunca aparece como la cómplice de su esposo, como sucede, por ejemplo, con el liberto Narciso, que recibe a su amo en el Hades. Por el contrario, la presenta como una de las víctimas del tirano, con un destino tan triste y deplorable como el de todas las demás. Convendría preguntarse si esto prueba la inocencia de esta mujer. Después de todo, se trata de la fuente más cercana a los hechos desde el punto de vista cronológico, porque es probable que haya sido redactada apenas unas semanas después de la muerte de Claudio, en octubre de 54. Además, el hecho de que Séneca frecuentara el círculo más cercano al poder desde el reinado de Calígula le permitía conocer los secretos de la corte. Aunque ninguno de los historiadores contemporáneos que abrieron el “informe Mesalina” ha utilizado la *Apocoloquintosis* para absolver a la emperatriz de los crímenes que los antiguos suelen atribuirle, la experiencia resultó perturbadora para unos cuantos. A menudo, se ha usado el texto para intentar demostrar que, en ciertos casos, era conveniente culpar a Claudio, y no a su esposa.

Aun así, se estarían pasando por alto las condiciones políticas en las que se redactó esa “fantasía”. Al día siguiente de la muerte

de Claudio, Séneca, que en ese entonces era uno de los principales consejeros de Nerón, tenía sumo interés en ensuciar la figura del emperador anterior para contraponer a ella la radiante imagen del joven príncipe. Se trataba de anunciar, en forma de sátira, ni más ni menos que el advenimiento de una nueva edad de oro, después de transitar los oscuros tiempos en los que el despotismo imperial había reinado sin rival. Entonces, de qué hubiera servido endilgar la culpa a Mesalina, ya fallecida hacía tanto tiempo, cuando se podía echar sobre las espaldas de su esposo para brindar mayor claridad a la parábola. Así pues, la mención de la emperatriz solo servía a Séneca para probar, a título ilustrativo, la presunta *crudelitas* de su marido. A ello habría que agregar que, al leer ese libelo, es fácil darse cuenta de que solo la figura de Nerón, asociada a la de Apolo, es tratada con un mínimo respeto. El resto es pura farsa y no podría convertirse en objeto de una lectura de primer nivel. Por otra parte, varias alusiones dejan entrever que fue leído durante las Saturnales, esas fiestas de fin de año similares al Carnaval, en las cuales no había lugar para la seriedad ni el rigor.

La segunda fuente que no pertenece al género histórico es una tragedia titulada *Octavia*, dedicada a la hija de Mesalina, en la que se representan los tres días más atroces de su corta existencia: cuando en el año 62 fue repudiada por su esposo Nerón, a instancias de Popea, luego deportada a la isla de Pandataria, donde finalmente es ejecutada. De acuerdo con el manuscrito, fue obra de Séneca, pero Petrarca lo duda. Hoy ya nadie admite esta suposición. Más allá de los numerosos argumentos estilísticos que descartan su paternidad, la pieza hace referencia a hechos posteriores al suicidio del filósofo. Tal como sucede con la *Apocoloquintosis*, *Octavia* también contiene información que puede desorientar al

historiador interesado en Mesalina: es el retrato de una desdichada víctima de su propio *furor*, de su “demencia” –rasgos que permiten bosquejar las escasas alusiones a la emperatriz que contiene el texto– y no el de una mujer manipuladora, ninfómana y asesina. Así pues, es preciso destacar que esta tragedia prueba la existencia de una tradición menos hostil hacia ella que la que plantean las otras fuentes. Aunque los especialistas no han llegado a un acuerdo sobre la fecha exacta de su aparición, de acuerdo con ciertos indicios podría haber visto la luz en los años posteriores a la muerte de Nerón, tal vez durante el breve reinado de su sucesor Galba, en los años 68-69.

En cambio, el tono que utiliza Juvenal en sus *Sátiras*, escritas a comienzos del siglo II, es muy distinto. En ellas se menciona a Mesalina en tres oportunidades. Desde el fragmento introductorio mismo se la presenta como el arquetipo de la ninfómana, que usa y abusa de sus amantes hasta dejarlos exhaustos. Cabe destacar que, cuando Juvenal escribe esas líneas, Tácito y Suetonio también están abocados a la misma tarea, y ninguno demuestra más empatía que los otros hacia la emperatriz. La peculiaridad del satírico es que añade a los relatos de los historiadores un toque licencioso, aunque –todo hay que decirlo– con un estilo virtuoso. No obstante, recordemos que no es el primero que retrata a Mesalina como una puta: medio siglo antes, Plinio el Viejo la describe como una prostituta insaciable en un breve pasaje de su *Historia natural*.

Si bien es cierto que las fuentes literarias son la base de esta investigación, otros tipos de documentos también ofrecen información sobre la soberana, como las inscripciones, las monedas o las esculturas en piedra. Volveremos más adelante sobre este material, sobre los problemas que plantea y los datos que suministra.

Por el momento, centrémonos en el árbol genealógico de la futura emperatriz. En la alta aristocracia romana, el valor de una mujer se medía, ante todo, por su linaje, especialmente en lo referido al mercado matrimonial. Como veremos en breve, el de Mesalina era insuperable.

EN LA PERIFERIA DEL PODER ABSOLUTO: LOS *VALERII MESSALLAE*

Según indica la tradición, el destino de la estirpe a la que pertenece Mesalina, la de los *Valerii Messallae*, está estrechamente ligado al destino de Roma desde la más remota Antigüedad. El antepasado más prestigioso de la futura emperatriz era el célebre Publio Valerio Publícola, uno de los que, junto con Bruto, expulsaron al tirano Tarquinio de la *urbs* a fines del siglo VI a. C. e instauraron el régimen republicano. Marco Valerio también contribuyó a dar brillo al árbol genealógico de la *gens Valeria*. Este personaje entra en la historia en tiempos en que romanos y galos luchaban entre sí durante el siglo IV a. C. Tito Livio cuenta que, siendo un joven tribuno militar, venció en combate individual a un recio guerrero bárbaro: la providencia quiso que un cuervo se posara sobre su casco y, con su pico y sus garras aceradas, lo ayudara a obtener la victoria. El prodigio determinó el resultado de la batalla. A partir de entonces lo llamaron Corvo (*Corvus*), el “cuervo”, y lo nombraron cónsul con tan solo veintitrés años.

Podríamos objetar que todos ellos son personajes míticos. De hecho, sabemos cuán difícil es desenredar la trama que tejen la leyenda y la realidad en aquellos remotos tiempos. En lo que a esta obra respecta, la tan discutida historicidad de personajes como Publícola y Corvo es, sin embargo, secundaria. En cambio, lo que

nos importa es que se haya conservado con tanto esmero su recuerdo a comienzos del Imperio y que los miembros del clan de Mesalina lo hayan utilizado con fines políticos. Gracias a ello, contamos con pruebas literarias que demuestran que, para los *Valerii*, su árbol genealógico era uno de sus bienes más preciados. En su *Historia natural*, Plinio el Viejo cuenta que Marco Valerio Mesala Corvino, cónsul en el año 31 a. C., cuidaba con gran celo su integridad y prohibía que las imágenes de sus ancestros se mezclaran con las de una familia menos prestigiosa. Siempre según Plinio, en un tratado sobre los linajes romanos escrito unos cuantos años antes, Marco Valerio Mesala Rufo lamentaba que los Escipiones no hubieran tomado los recaudos necesarios para que su nombre no se vinculara, a través de las adopciones testamentarias, con el de *familiae* que no podían jactarse de poseer la misma antigüedad. Por otra parte, cabe destacar que no solo los descendientes más o menos directos de estos dos gloriosos antepasados se aferraban a su fama. También Augusto había incluido una efigie de Corvo, fácilmente reconocible por el cuervo posado sobre su cabeza, a la galería de retratos de *summi viri*, los “grandes hombres” de la historia de Roma, que decoraba el foro que había regalado al pueblo romano. Era su particular modo de obtener la legitimidad política que procuraban personajes como ellos a los clanes aristocráticos que, como los *Valerii*, se repartían el poder antes de la instauración del principado.

Entre los antepasados lejanos de los *Valerii* que contribuían a la gloria de la *gens*, Manio Valerio Máximo merece una mención especial. Fue cónsul en el año 263 a. C. y condujo las tropas que tomaron la ciudad siciliana de Mesina durante la Primera Guerra Púnica; a su regreso a Roma fue recompensado y se le confirió el derecho de agregar a su nombre el de la ciudad conquistada,

Messana, un cognomen cuya pronunciación fue alterándose poco a poco hasta transformarse en Mesala. Ese personaje es el primero de la rama de los *Valerii*, de la cual proviene Mesalina, la única que sigue ligada a los primeros círculos del poder a comienzos del Imperio.

Sin embargo, durante gran parte del período tardorrepblicano, los *Valerii Messallae* se encuentran en franca desventaja con respecto a otras grandes familias aristocráticas: durante un siglo, del año 161 al 61 a. C., de su seno no surge ningún cónsul. Sin lugar a dudas, es Lucio Cornelio Sila quien, al casarse por quinta vez con una Valeria Mesala en los últimos años de su vida, impulsa su regreso a la escena en las últimas décadas de la República. En la biografía que escribió sobre el dictador, Plutarco realizó una vívida descripción del modo en que la muchacha, recientemente divorciada y muy bella –según cuenta el historiador–, logra atraer la atención del anciano durante los juegos en el anfiteatro y, entre sonrisas y miradas, despierta en ese viudo aparentemente desconsolado la pasión de un joven, a punto tal que la desposa ante testigos sin perder más tiempo. Ronald Syme, eminente especialista en aristocracia romana, define este himeneo como “un feliz accidente” para los *Valerii Messallae*. En efecto, es evidente que fue beneficioso para la *gens*, sobre todo porque Sila comprendía de sobra la frustración de los miembros de la familia de su esposa: durante dos siglos, los *Cornelii Sullae* también habían tenido que conformarse con desempeñar papeles secundarios, hasta que Sila devolvió el lustre a su linaje. En términos más generales, la política para restaurar los privilegios de la aristocracia que lleva adelante quien se presenta como el paladín de la causa de la nobleza resultaba claramente beneficiosa para una casa como la de los *Messallae*. Además, durante las décadas

siguientes, estos gozarán de los favores e incluso de la amistad de otros grandes *imperatores*, entre los que destacan César y Octavio.

En todo caso, para cuando se acerca el fin del régimen republicano, la *gens* ya había recuperado todo su prestigio. En los años 61 y 53 a. C., dos *Messallae* acceden al consulado en forma sucesiva: Marco Valerio Mesala Níger, que ocupa la reputada función de censor en 55 a. C., y Marco Valerio Mesala Rufo, padre y hermano, respectivamente, de la Valeria Mesala con la que se casó Sila. Pero la figura que encarna en verdad el renacimiento del clan es, sin lugar a dudas, el hijo de Níger, Marco Valerio Mesala Corvino. Como su padre, Corvino es, al comienzo, un acérrimo defensor de la República, y aunque no se encuentra entre los conjurados de los idus de marzo –a pesar de que era íntimo amigo de los tiranicidas, según Plutarco–, su nombre figura en la lista de los proscritos que Octavio y Marco Antonio redactan el día después del asesinato de César. Por ello, no resulta sorprendente encontrarlo, en 42 a. C., luchando junto a Casio y Bruto en la batalla de Filipos, al mando del ala derecha de una de las legiones más belicosas, que estuvo a punto de cambiar el destino de Roma al irrumpir en el campamento enemigo y acribillar con sus lanzas la litera de Octavio. Tampoco asombra que, ya consumada la derrota, una parte de las tropas vencidas y replegadas en Tasos, la que se niega a continuar luchando bajo la bandera de Sexto Pompeyo, se dirija a él para negociar una rendición honorable. Aquí se produce el primer viraje político de Corvino: junto con su amigo Lucio Calpurnio Bíbulo, otro republicano de clase alta a quien los soldados habían encomendado esa delicada misión, logra convencer a las diezmadas huestes de poner su destino en manos de Marco Antonio. Así, los dos camaradas consiguen un muy conveniente perdón, que les permite volver al primer plano de la vida política.

Este acercamiento al bando antoniano es esperable. De hecho, son pocos los grandes aristócratas que, después de haber enterrado sus esperanzas republicanas, eligieron unirse de inmediato a Octavio. No obstante, desde mediados de los años 30 a. C., encontramos a Corvino al lado del futuro Augusto. En *Guerras civiles*, el historiador Apiano explica que este segundo viraje político obedeció a la vergüenza que sintió Corvino al ver a Antonio convertido en esclavo de Cleopatra, lo que lo llevó, además, a escribir varios panfletos en los que denunciaba los vicios de su antiguo protector. Esta razón no excluye que otras –ciertamente menos nobles– hayan impulsado a ese enorme animal político a acercarse a quien acabaría ganando la batalla por el poder absoluto. Con todo, cuando Augusto alabó con cierta ironía que hubiera luchado a sus órdenes en Actium con el mismo fervor que había demostrado contra él en Filipos, Corvino respondió acertadamente con una frase ya célebre: “Yo, César, siempre soy de la autoridad y partido que tiene a su favor la razón y la justicia” (Plutarco, *Vidas paralelas*, “Bruto”, LIII, trad. de Antonio Ranz Romanillos).

Como señala con cierta malicia Marie-Claire Ferriès, entonces habría que pensar que la razón y la justicia cambiaron de bando muy a menudo en esos años. En todo caso, ese extraordinario pragmatismo político fue recompensado con creces: Corvino asumió el puesto de augur en 36 a. C. con el aval de Octavio; cinco años más tarde, fue cónsul en reemplazo de Marco Antonio, y también heredó su palacio; en el año 27 a. C., después de haber restablecido el orden en Siria como representante del emperador, se le concedió derecho a triunfo; al año siguiente, por fin, se le otorgó el honorable cargo de prefecto de la ciudad. Fue un orador talentoso, respetado y escuchado. Era una figura muy prestigiosa en el Senado, a punto

tal de lograr que, en el año 2 d. C., la ilustre asamblea distinguiera a Augusto con el título de “padre de la patria”.

Así pues, el destino de Corvino demuestra que los *Valerii Messallae* eran uno de los clanes más poderosos de Roma en los primeros años del principado. Por lo tanto, no es de extrañar que media docena de ellos hayan ejercido el consulado y que algunos de sus miembros hayan sido *amici Principis*, amigos y consejeros del emperador. Sin embargo, con la instauración del régimen imperial, la reputación y la influencia de una *gens* ya no se medía solo por la cantidad de cónsules que pertenecían a ella, sino también por su capacidad para conformar una sólida alianza con la familia del príncipe por medio de acuerdos matrimoniales. En el año 12 a. C., entre los nombres de los *Valerii* que figuran en los *Fastos Consulares* –la lista de los cónsules–, encontramos el de un tal Marco Valerio Mesala Apiano, que no es otro que el esposo de una de las sobrinas de Augusto, Claudia Marcela la Menor. Es el primero de los *Valerii Messallae* unido por un lazo de sangre con el fundador del Imperio. Y también es el abuelo de Mesalina.

Poco se sabe sobre este personaje. Tal como indica su nombre, proviene de otra familia patricia: una de las ramas de la *gens Claudia*, los *Claudii Pulchri*. Era el hijo o el sobrino de Apio Claudio Pulcro, cónsul en 38 a. C., y formó parte de la estirpe de los *Valerii Messallae* por adopción, en condiciones que se ignoran. Lo único realmente cierto sobre Apiano es que también fue cónsul, función que ocupaba al momento de su fallecimiento, a comienzos del año 12 a. C.

A decir verdad, sobre su esposa, Claudia Marcela la Menor, abuela de Mesalina, no se conoce mucho más. Los antiguos no brindan información precisa sobre esta mujer, una de las “hermanas *Marcellae*”, como se llamaba a las dos hijas nacidas de la unión

de Octavia la Menor, la hermana mayor de Augusto, y de Cayo Claudio Marcelo. No obstante, se sospecha que pudo haber pertenecido al primer círculo de los familiares del emperador, como su hermano Marcelo, posible candidato a suceder a Augusto al frente del Imperio, y su hermana mayor, que estuvo casada durante un tiempo con Agripa, otro pretendiente a la sucesión. Los epitafios del llamado “*monumentum Marcellae*”, un vasto sepulcro que se descubrió en la Vía Apia en 1847, prueban sus vínculos con la casa imperial y también con algunos de los más insignes linajes aristocráticos romanos, en especial el de los *Aemilii*, pues desposó a uno de sus miembros después de enviudar de su primer marido.

El padre de Mesalina, Marco Valerio Mesala Barbado, es el segundo hijo nacido de la unión de Apiano y Claudia Marcela, quienes también tuvieron una hija, Claudia Pulcra. Por desgracia, su vida está aún peor documentada que la de sus padres. En las fuentes literarias lo mencionan una sola vez: en la *Vita Claudii*, Suetonio se limita a decir que era el primo hermano (*consobrinus*) de Claudio. Pero resulta paradójico que, perteneciendo a uno de los linajes más importantes de Roma, cuyos contactos deberían haberle bastado para acceder a los cargos más altos del Estado, no alcanzara las magistraturas superiores ni el consulado, que era entonces una de las dignidades más comunes del *cursus honorum* de un *Valerius Messalla*. Sin lugar a dudas, esto se debe a su muerte prematura, antes de que hubiera alcanzado la edad mínima que se requería para ejercerlas, a saber, treinta y dos años.

Se podría decir que Mesalina no conoció a su padre. Fue criada por su madre, de quien sí tenemos mucha información. En primer lugar, cabe destacar su parentesco, tan glorioso como el de la abuela paterna de Mesalina, Claudia Marcela la Menor, lo que contribuía a dar aún más lustre a la ascendencia de la futura emperatriz.

Se llamaba Domicia Lépidia y por sus venas corría la sangre del fundador del Imperio, su tío abuelo. Era hija de Antonia la Mayor, fruto del matrimonio de Octavia la Menor, la hermana de Augusto, y Marco Antonio. Así pues, por parte de su madre, Mesalina podía jactarse de descender del gran general, que, aunque derrotado en Actium, inspiraba respeto por sus hazañas militares, sobre todo entre los romanos de la región oriental del Imperio.

Antonia la Mayor, su abuela materna, es otra de las grandes desconocidas que, junto a algunas de las figuras más famosas y mejor documentadas de la época, pueblan el árbol genealógico de Mesalina. Como ha dicho Ronald Syme, “para nosotros, es poco más que un nombre, los cronistas ni siquiera han registrado la fecha de su muerte. No se le ha atribuido ninguna acción memorable y durante el extenso principado de Augusto no ha dejado rastro alguno de su existencia, salvo el nacimiento de sus hijos”. A lo sumo, sabemos que fue la esposa de Lucio Domicio Enobarbo, lo que añade al linaje de Mesalina una conexión directa con otra de las más ilustres familias romanas, los *Domitii Ahenobarbi*, a la que Octavio concedió la categoría de *gens patricia* en 29 a. C. No es el objetivo de este libro trazar el destino extraordinario de este personaje, abuelo materno de Mesalina, que estaba en posición de aspirar a la monarquía: solo diremos que comandó las legiones más allá del Elba, allí donde ninguna tropa romana había llegado jamás, que Augusto lo nombró fideicomisario de sus bienes en su testamento a pesar de su carácter, que según Suetonio era “arrogante, pródigo y cruel”. De su unión con Antonia nacieron tres hijos. Domicia Lépidia fue la primogénita.

Antonia tuvo un solo esposo, una rareza en aquellos tiempos, pues las mujeres de la casa imperial se casaban y volvían a casarse en función de los intereses y las cambiantes alianzas que tejía

el príncipe. Su hija no conoció la misma suerte, porque, después de la prematura muerte de Barbado, contrajo matrimonio con otro miembro de una familia patricia, Fausto Cornelio Sila, descendiente directo del dictador que había dominado Roma. Una vez más, se sabe poco sobre este personaje: solo que fue cónsul sufecto en el año 31 y que dio a Domicia Lépidia un segundo hijo, Fausto Cornelio Sila Félix, medio hermano de Mesalina. No está claro cuánto tiempo duró ese matrimonio, ni las razones por las cuales se disolvió, aunque suponemos que terminó a raíz de la muerte de Sila, de quien no se sabe nada después de 31. De cualquier modo, pronto casaron a Lépidia con Cayo Apio Junio Silano, sobre quien volveremos a hablar en los capítulos que siguen porque es una de las supuestas víctimas de Mesalina. Según Dion Casio, el emperador Claudio propició esta nueva unión, por lo que fue posterior a su ascenso al poder en el año 41. Sin embargo, estaba destinada a durar apenas el tiempo que este nuevo esposo contara con la gracia del soberano, que fue muy poco, pues fue ejecutado en 42. Tal como demuestra este matrimonio, Domicia Lépidia era tan solo un peón en el juego de las alianzas matrimoniales del emperador, aunque le hubiese entregado a su hija.

Como ya hemos dicho, a diferencia de su madre o de su esposo, Domicia Lépidia es, para nosotros, mucho más que una pieza en el complejo árbol genealógico de Mesalina. Los antiguos suelen mencionarla y lo que cuentan de ella no es nada halagador. Veamos lo que escribe Tácito cuando la compara con su sobrina Agripina la Menor, quien sucedió a Mesalina en el trono imperial.

Lépidia, hija de la menor Antonia, sobrina de Augusto, y ella prima hermana de Germánico, padre de Agripina, añadido a esto ser hermana de Gneo Domicio, su primer marido, se tenía

por tan noble como ella. Ni en hermosura, edad y riquezas se diferenciaban mucho. Ambas a dos deshonestas, infames, soberbias y competidoras entre sí, no menos en los vicios que en las grandezas y dones de fortuna. (Tácito, *Anales*, XII, 64, trad. de Carlos Coloma).

Según el historiador, la rivalidad entre las dos mujeres se debía, también, al ascendente que Domicia Lépidia ejercía sobre el hijo de Agripina, el futuro emperador Nerón. Cuando tenía solo tres años, el pequeño fue acogido y criado por su tía después de la muerte de su padre, porque Agripina, acusada de conspirar contra Calígula, había sido desterrada. Además, los antiguos sugieren que esa hostilidad también podría haber estado ligada a la personalidad del genitor de Nerón, Gneo Domicio Enobarbo, otro hermano de Domicia Lépidia. En los últimos tiempos del reinado de Tiberio, ese personaje, “cuya vida era, desde todo punto de vista, abominable” según Suetonio, fue acusado de lesa majestad, de múltiples adulterios y de incesto con su propia hermana. Pero los modernos insistieron en que las gestiones que se habían emprendido para castigar esos crímenes se abandonaron con el ascenso del nuevo emperador, lo que indica que, tal vez, las acusaciones fueran infundadas. A esto podríamos agregar que los antiguos suelen adjudicar un comportamiento adúltero e incestuoso a ciertas figuras desmesuradas, cuyos actos pretenden narrar, para que las incriminaciones no sean tomadas a la ligera. Ya volveremos sobre este tema más adelante. En todo caso, la rivalidad entre Agripina y Domicia Lépidia acabó zanjándose a favor de la primera. Domicia fue acusada de cometer unos cuantos delitos, algunos de ellos más absurdos que otros: desde practicar magia hasta alentar los disturbios públicos que provocaban los esclavos

que trabajaban en sus vastos dominios –su inmensa riqueza está muy bien comprobada–. Según nuestras fuentes, a raíz de estas acciones, Claudio acabó condenándola a muerte en el año 54, instigado por su nueva esposa.

Muy poco se sabe de la relación que mantenía Domicia Lépidia con su hija. Solo Tácito menciona algo al respecto, como al pasar, en una frase. Al describir los últimos minutos de la emperatriz, a quien su madre no dejó sola en ningún momento, dice de esta última, “mal avenida con la hija en su prosperidad, movida al fin a compasión en aquel último trance”. Como no contamos con otros elementos, intentar ahondar en las razones de esa desavenencia nos conduciría por el camino de la conjetura.

Huelga decir que, por sus relaciones familiares y por su prestigiosa ascendencia, Mesalina era uno de los mejores partidos de Roma. Y sin embargo, acabó en manos de un engendro, aunque –hay que reconocerlo– no de cualquier engendro.

CLAUDIO, EL DESGRACIADO

Ahora, es fundamental que nos centremos en el emperador Claudio, quien sucede a Calígula en el trono en el año 41. En primer lugar, porque Mesalina, la protagonista de esta obra, solo aparece en nuestras fuentes por ser su esposa. Nada en absoluto dicen los antiguos sobre ella antes de su matrimonio: solo tiene existencia histórica como mujer del emperador. Así pues, su destino está indisolublemente ligado al de su marido. En segundo lugar, porque no es extraño que se hayan intentado explicar los comportamientos perversos de la emperatriz, a los que debe su fama póstuma, fundándose en la naturaleza de la relación que habría mantenido

con su marido, en el carácter de él, así como en los defectos y los vicios que se le atribuyeron. Como tendremos ocasión de comprobar en los capítulos que siguen, una explicación de esta clase es demasiado simplista para un historiador, pero aun así está obligado a investigarla. Para ello, debe focalizarse en la personalidad de Claudio, aunque no es un ejercicio fácil: mientras que las fuentes antiguas fueron despiadadas con el príncipe, la historiografía contemporánea se dedicó a reivindicarlo, invitando a desconfiar de lo que cuentan sobre él los antiguos.

Claudio nació el 1º de agosto del año 10 a. C. en Lugdunum (Lyon) porque su padre, Nerón Claudio Druso, cumplía funciones allí en aquel entonces. Más tarde, orgulloso de haber visto la luz en tierra gala, Claudio integrará a los notables trasalpinos al Senado de Roma, en un gesto inédito. Nerón Claudio Druso era representante de la Galia. En ejercicio de esa función obtuvo fama y triunfó en combate más allá del Rin. Druso era hijastro de Augusto, el segundo hijo de su esposa Livia, nacido de su primer matrimonio con Tiberio Claudio Nerón. Suetonio insinúa que, en realidad, podría haber sido fruto del amor clandestino entre Octavio y Livia, antes de que su unión fuera oficial. A pesar de que los modernos no lo consideran posible, es seguro que Augusto lo quiso como si fuera su hijo. Aunque Druso nunca ocultó sus simpatías por la República, el monarca no dudó en nombrarlo coheredero del Imperio, como a sus nietos biológicos, Lucio y Cayo César. Según afirma Suetonio, cuando murió, en el año 9 a. C., apenas un año después del nacimiento de Claudio, el propio emperador redactó el epitafio que se grabó en su tumba. Y añade que también escribió de puño y letra unas memorias en las que elogiaba su vida. Druso falleció demasiado joven como para recibir la extraordinaria herencia de su padrastro, pero su hermano

Tiberio, el tío de Claudio, logró apropiarse de ella después de la muerte del príncipe en 14 d. C. Así, transmitió el poder absoluto al linaje patricio de los *Claudii*, que había dado no menos de veintiocho cónsules a la República.

Claudio no solo era aliado del primer emperador de Roma, Augusto: aunque de modo indirecto, también podía jactarse de estar unido a él por un lazo de sangre. En efecto, la madre de Claudio no era otra que Antonia la Menor, una de las dos niñas nacidas del matrimonio de Octavia y Marco Antonio. Así pues, Claudio era pariente de Mesalina: la madre de ella, Domicia Lépidia, era su prima hermana. Tal como hemos mencionado, el padre de Mesalina, Barbado, era, además, su *consobrinus*.

Semejante árbol genealógico no podía sino asegurar a su titular un papel principal en la vida política romana. Además, Germánico, el hermano de Claudio, había sabido aprovecharlo, pues Augusto lo había adoptado antes de morir, y era considerado un potencial pretendiente al trono en caso de que Tiberio falleciera. Sin embargo, por una razón que se explica en la *Vita divi Claudii*, el destino de Claudio no tomaría el mismo camino. En dicha obra, se lo describe como un joven que padeció toda suerte de enfermedades persistentes durante su niñez y su adolescencia, que lo debilitaron tanto física como mentalmente, razón por la cual fue considerado incapaz, incluso ya en su madurez, para asumir funciones públicas o privadas. Mucho se ha hablado sobre la naturaleza de esas enfermedades: a veces se decía que había padecido poliomielitis cuando era pequeño; otras, parálisis cerebral, síndrome de Gilles de la Tourette, las secuelas de un nacimiento prematuro o de cualquier otra afección infantil. Sin embargo, sabemos el escaso valor de esos diagnósticos *a posteriori*. El resultado fue una serie de dolencias, que Suetonio describe con un toque de crueldad teñido de ironía:

Ostentaba Claudio en su persona cierto aspecto de grandeza y dignidad, ora estuviese en pie, ora sentado, pero principalmente en actitud de reposo. Era alto y esbelto, su rostro era bello y hermosos sus blancos cabellos, y tenía el cuello robusto; pero cuando marchaba, sus inseguras piernas se doblaban frecuentemente; en sus juegos, así como en los actos más graves de su vida, mostraba varios defectos naturales; risa completamente estúpida; cólera más innoble aún, que le hacía echar espumarajos; boca abierta y narices húmedas; insoportable balbuceo y continuo temblor de cabeza, que crecía al ocuparse en cualquier negocio por insignificante que fuese. (Suetonio, *Claudio*, XXX, trad. de Jaime Arnal).

Séneca hace decir a Augusto que semejante cuerpo solo podía haber sido engendrado “por la ira de los dioses”. Y agrega que Claudio arrastraba la pierna derecha y que su voz ronca “no era propia de ninguna criatura terrestre”. También insinúa que el pobre hombre estaba sordo.

Por su parte, Plinio el Viejo habla de su extraña mirada, “de la carnosidad blanca de sus ojos, que se inyectaba, cada tanto, de sangre”, mientras Juvenal describe, con esa verba sin empatía que le conocemos bien, “su cabeza temblorosa, esos labios por los que la saliva se escurría a chorros”. Por último, Dion Casio sostiene que, si bien su capacidad mental no era inferior a la media, su cuerpo estaba enfermo y era víctima de espasmos involuntarios que afectaban su cabeza y sus manos.

No obstante, según Suetonio, quien juzgaba con mayor severidad a Claudio era su propia madre, Antonia, que “le llamaba ‘sombra de nombre, infame aborto de la naturaleza’; y cuando quería hablar de un imbécil, decía: ‘Es más estúpido que mi hijo

Claudio'". Por lo visto, Antonia no era la única mujer de la familia que expresaba abiertamente su desprecio hacia él.

En comparación, la opinión de los hombres de la familia parece haber sido menos severa, al menos a juzgar por la reacción de quien era el principal interesado en la imagen que proyectaba la casa imperial y en las consecuencias que podía traer aparejado el hecho de exhibir en público al monstruo de la familia: el emperador Augusto. Conocemos su opinión gracias a los extractos de varias cartas que el príncipe redactó de puño y letra, y Suetonio cuidó de reproducir. La primera de ellas merece ser leída de principio a fin, aunque requiere algunas aclaraciones previas. Esa epístola fue escrita en 12 d. C., año durante el cual Germánico, el hermano de Claudio, ejercía el consulado, circunstancia que, como era de esperar, atraía todas las miradas hacia la familia del nuevo titular del cargo. Así pues, en mayo, debía presidir los juegos en honor a Marte desde el palco imperial, rodeado de los suyos. "¿Qué hacemos con Claudio?", preguntaba Livia a su esposo, seguramente a instancias de Antonia. Peor aún: unas semanas más tarde, tendrían lugar las antiguas *Feriae Latinae*, durante las cuales los cónsules en ejercicio de sus funciones se retiraban al monte Albano y designaban a uno de sus familiares más cercanos para que gobernara Roma durante su ausencia, como prefectos de la ciudad. Germánico era cónsul: cabía la posibilidad de que eligiera a su hermano para asumir esa responsabilidad. ¿Lo aceptarían? Esta es la respuesta de Augusto:

He hablado con Tiberio, según tu deseo, querida Livia, sobre lo que habrá que hacer con tu nieto Tiberio en las fiestas de Marte. Los dos creemos que debemos decidir de una vez sobre lo que atañe y no separarnos del acuerdo, porque si tiene las cualidades

requeridas y, por decirlo así, universales, no hay que vacilar en hacerle pasar gradualmente por los mismos honores que su hermano. Si, por el contrario, le encontramos incapaz, si no goza de salud de cuerpo ni de espíritu, no hemos de exponernos al ridículo, ni exponerle a él ante los satíricos que todo lo toman a burla. [...] Sea de esto lo que quiera, en la ocasión presente no me opongo a que se sienta a la mesa de los Pontificios, en las fiestas de Marte, con tal que tenga junto a él a su pariente, el hijo de Silano, que le impida cometer inconveniencias o ponerse en ridículo. Me parece poco oportuno que asista a los juegos del Circo en lecho de ceremonia: se le haría demasiado visible y se daría como un espectáculo él mismo. Tampoco creo que deba ir a sacrificar en el monte Albano, ni permanecer en Roma durante las fiestas Latinas, pues, a fin de cuentas, ¿por qué no se la había de encargar funciones en la ciudad, si compartiese las de su hermano en el monte? Ahora ya estás enterada de todas mis decisiones, querida Livia; añadiré aún que es preciso determinar para siempre nuestra conducta con relación a él, a fin de no vacilar continuamente entre la esperanza y el temor. (Suetonio, *Claudio*, IV, trad. de Jaime Arnal).

La posición de Augusto, que parece secundar Tiberio, es clara. Claudio no es “normal”. Puede realizar algunas tareas de carácter religioso, pero siempre bajo la supervisión de un hombre de confianza, que se ocupará de evitar que la situación se torne ridícula. Además, no podrá aspirar a las altas funciones que ejerce su hermano y deberá, en la medida de lo posible, disimular su presencia en los actos públicos en los que aparezca junto a la familia imperial.

No obstante, el emperador no siempre era tan duro con el joven. De hecho, los fragmentos de otra carta, que también copió

Suetonio, parecen indicar que, a diferencia de Livia, Augusto solía visitarlo y mantenía con él una relación basada en el respeto.

Durante tu ausencia, [Augusto se dirige a Livia] invitaré todos los días a mi casa al joven Tiberio, a fin de que no coma solo con su Sulpicio y su Atenodoro. Quisiera que eligiese con más cuidado y menos negligencia un amigo cuya actitud, acción y compostura sirvan de ejemplo a ese pobre insensato. “No serán su ocupación los negocios de Estado”, aunque cuando no está extraviado su espíritu, algunas veces hace recordar su nacimiento. (Suetonio, *Claudio*, IV, trad. de Jaime Arnal).

Y en otra carta, también dirigida a Livia, dice: “He oído declamar a tu nieto Tiberio y no salgo de mi asombro. ¿Cómo puede hablar con tanta claridad en público, cuando de ordinario tiene la lengua tan entorpecida?” (Suetonio, *Claudio*, IV, trad. de Jaime Arnal).

De la misma rama del ilustre Druso, provenían el glorioso Germánico, venerado en toda Roma, y el débil y cojo Claudio, a quien su familia intentaba por todos los medios mantener oculto. ¡Qué enorme contraste entre la difusión que se daba a las acciones de uno y el silencio, incluso la vergüenza, que rodeaba las del otro! Cuando Claudio vistió la toga viril, en el año 5 o 6 d. C., símbolo de que abandonaba el mundo de los niños, la familia cuidó de que la ceremonia se desarrollara al abrigo de las miradas, de noche, cuando en realidad solía llevarse a cabo a plena luz del día, y el joven adulto se dirigía al Capitolio, acompañado por sus allegados y los clientes de su familia, bajo la ovación del pueblo. Además, cuando ese mismo año presidió los juegos en memoria de Druso al lado de su hermano, lo obligaron a vestir un *pallium*, que le cubría hasta la cabeza, para ocultar sus deformidades.

Pero a su entorno no le bastaba con esconderlo de los ojos del vulgo, también gozaba humillándolo y burlándose de él. Leamos una vez más a Suetonio:

Pero no por esto dejó de ser juguete de la corte. Si llegaba, en efecto, algo tarde a la cena, se le recibía con disgusto y se le dejaba que diese vueltas alrededor de la mesa buscando puesto; si se dormía después de la comida, cosa que le ocurría a menudo, disparábanle carozos de aceitunas y de dátiles, o bien se divertían los bufones en despertarle como a los esclavos, con una palmeta o un látigo. Solían también ponerle en las manos sandalias cuando roncaba, para que, al despertar bruscamente, se frotase la cara con ellas. (Suetonio, *Claudio*, VIII, trad. de Jaime Arnal).

Así pues, es fácil comprender las razones por las que Claudio buscó consuelo en el trabajo intelectual. Ya hemos hablado de sus obras como polígrafo, que tanto han contribuido a reivindicar a este emperador. Escritores e historiadores modernos reconocen en él la figura anacrónica de un pensador contemporáneo. A decir verdad, se ignora la calidad de sus escritos perdidos. El estilo confuso del único discurso redactado de su puño y letra que ha llegado hasta nuestros días, grabado sobre la célebre tabla claudiana, que se conserva en el Museo de la Civilización Galo-Romana, deja bastante que desear, aunque algunos hayan sostenido lo contrario.

La muerte de Augusto, en 14 d. C., infundió en Claudio la esperanza de poder, por fin, seguir los pasos de su hermano y acceder a los altos cargos públicos a los que, a pesar de sus achaques, nunca había dejado de aspirar. Pero se equivocaba. En dos oportunidades, reclamó a Tiberio, el nuevo soberano, el derecho a ejercer el consulado y, en ambas oportunidades, recibió por

toda respuesta la afrenta de un firme rechazo. A modo de consuelo solo obtuvo las *ornamenta consularia*, “los ornamentos consulares”, las insignias propias de la función de cónsul, con que se destacaba a algunos notables servidores del Estado. A pesar de todo, durante los largos años del reinado de Tiberio, Claudio continuó acariciando la idea de que su momento llegaría algún día, con el agregado de que, entonces, podría beneficiarse, en parte, del inmenso prestigio de su hermano, el bienamado Germánico, brutalmente asesinado en el año 19. Aunque los antiguos no acreditan esas pretensiones, se vislumbran en las estrategias matrimoniales de Claudio, porque, con todas sus taras, tuvo una prometida y cuatro esposas, la tercera de las cuales fue Mesalina.

Con tan solo dieciocho años se comprometió con una de las descendientes del prestigioso linaje de los *Aemilii*, Emilia Lépida. Este compromiso demuestra la constante voluntad de Augusto por consolidar una alianza de sangre entre su propia familia y las poderosas *gentes* aristocráticas que controlaban Roma antes de la instauración del principado. Era un método que no siempre daba los resultados esperados, tal como demuestra el caso de Claudio: el compromiso se rompió porque el padre de Emilia Lépida, Lucio Emilio Paulo, aunque estaba casado con la nieta de Augusto, Julia Vipsania, quería darse el gusto de contrariar al soberano. Incluso se piensa que podría haber estado involucrado en una conspiración contra el emperador. En una fecha incierta, pero poco tiempo después de ese primer intento frustrado de matrimonio, Claudio se casó con Livia Medulina, quien también provenía de una gran familia: la antiquísima *gens* patricia de los *Furii*. Pero los dioses parecían estar empeñados en impedir que el vástago de los *Claudii* pudiera formar un hogar: Suetonio cuenta que la joven murió el mismo día de su boda.

El segundo matrimonio de Claudio fue más largo, aunque no por ello próspero, al menos, según sostienen nuestras fuentes. Su nueva esposa se llamaba Plaucia Urgulanila y fue entregada a Claudio en los últimos años del reinado de Augusto. También procedía de una gran familia, los *Plautii Siluani*. Era la hija de un allegado de Tiberio, Marco Plaucio Silvano, cónsul en 2 a. C. Su unión, que no está datada con precisión, duró hasta mediados de los años 20 y de ella nacieron dos hijos. El primero, un niño llamado Druso, fue estratégicamente prometido a la hija de Sejano, el poderoso prefecto del pretorio de Tiberio, cuando aún estaba muy lejos de estar en edad de casarse. Ese compromiso tenía una razón de ser: permitía a Claudio acercarse al corazón del poder, a riesgo de sacrificar las legítimas pretensiones de su hijo que, llegado el momento, podía aspirar a un mejor partido que la hija de un vulgar caballero. Pero el destino malogró ese compromiso: un día que Druso jugaba con una pera, lanzándola al aire y atrapándola con la boca, la fruta se le atravesó en la garganta y lo ahogó en el acto. La segunda era una niña llamada Claudia, a quien Claudio rechazó porque creía que su esposa la había concebido con un liberto de nombre Boter. Loco de rabia, mandó dejar al bebé, como Dios lo trajo al mundo, en la puerta de la casa de su madre. El episodio tuvo lugar unos meses después del divorcio de los dos esposos, una separación motivada, según Suetonio, por la conducta indigna de Plaucia Urgulanila. Su esposo la acusó de adulterio y, además, de homicidio. Nada se sabe sobre ese crimen. Tal vez, solo fuera el pretexto que Claudio necesitaba para poner fin a ese matrimonio desdichado, como tantos otros, y de paso, asegurarse una candidata mucho más interesante en el contexto político de la época, dominado por la figura de Sejano.

Al día siguiente de haber repudiado a Plaucia Urgulanila, contrajo matrimonio con una pariente –indirecta– del prefecto del pretorio, Elia Petina. Cuando Mesalina cayó en desgracia, Claudio declaró ante los pretorianos reunidos “que los matrimonios le salían mal” y juró que nunca más se casaría, promesa que muy pronto olvidó. No obstante, ese matrimonio no le salió tan mal. De esa unión nació una niña, Antonia. Elia Petina acabó siendo repudiada unos diez años después de celebrar su boda, pero solo “por agravios leves”, según cuenta Suetonio.

